Revista Psicoanálisis Nº 32, Lima 2026

CUANDO NADA PERMANECE: LO MUTANTE Y EL AGOTAMIENTO DEL TIEMPO

Luisa Escudero-Franco*

«La experiencia está devaluada»[1]
Benjamin, 1999, p. 731

Escucho cada vez con más frecuencia una palabra que aparece en varias de las historias en mi consulta: la sensación de cansancio. No siempre está presentada como una queja explícita ni tampoco asociada a una causa precisa. A veces, se menciona casi sin querer, como una evidencia que parece no necesitar de una explicación. Frases como "estoy cansado", "no doy más", "me siento agotada", se repiten constantemente, incluso cuando no hay exceso de trabajo identificable ni una crisis que lo justifique. No se trata del cansancio que aparece luego de un esfuerzo, ni de la sensación de fatiga que encuentra alivio en el descanso. Este tipo de cansancio parece ser menos localizable, y logra continuar incluso cuando nos detenemos. Es un cansancio que no parece venir del haber sostenido demasiado, sino más bien de no haber podido sostener nada el tiempo suficiente como para que adquiera sentido y continuidad.

Este agotamiento no siempre se acompaña de tristeza ni está organizado como un conflicto reconocible. No deriva de una pérdida identificable ni se presenta como síntoma en el sentido clásico. Más bien aparece como una sensación de saturación y desgaste al estar permanentemente expuesto a una exigencia de adaptación que no nos permite una tregua. Algo se impone, cambia, se reconfigura, y el sujeto parece quedar siempre un paso detrás.

La capacidad de mutación se ha vuelto en la sociedad actual, una condición obligatoria de vida. Podemos ver cómo las identidades profesionales deben

* Psicoanalista de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis y de la British Psychoanalytical Society. Doctora en Existential Psychotherapy and Counselling Psychology y Magister en Filosofía por University of York (Reino Unido). Actualmente ejerce en consulta privada y es profesora invitada en Regent's University London.
<luisaescuderof@gmail.com>

1. Traducción propia.

actualizarse sin cesar para ajustarse a las necesidades laborales cambiantes, cómo los vínculos de hoy se disuelven con una rapidez que parece casi inmediatez y las diversas formas de presentarse ante los otros requieren hoy de una permanente revisión. En la sociedad contemporánea ya no se elige cambiar, más bien se debe cambiar para no quedar fuera. En este contexto, el cansancio deja de verse como dificultad individual y comienza a aparecer como efecto subjetivo de una lógica que nos exige una disponibilidad constante, una flexibilidad continua y una capacidad infinita de ajuste.

Pensemos por unos minutos en el *streaming* como una forma de temporalidad, un presente continuo que no se acumula, que no sedimenta y que además se agota en su propia circulación. Vemos como a diferencia del archivo —que puede guardarse, revisitarse o permanecer— el contenido en *streaming* solo existe mientras se reproduce. No deja una huella, no ocupa un espacio propio y no puede poseerse verdaderamente porque cuando se termina, desaparece en el flujo de datos. No hay acumulación sino solo una circulación ininterrumpida.

Me pregunto si la subjetividad contemporánea no está comenzando a funcionar de un modo similar, donde las experiencias se consumen pero no se inscriben; los vínculos se conectan, pero no se sostienen y las identidades se actualizan constantemente sin llegar a elaborarse. No se trata solo de que todo cambia, sino de que el cambio ha perdido la capacidad de dejar huella. Esta mutación constante ya no produce un antes ni un después. El tiempo parece perder su espesor y se conjuga en presente continuo. Pensar en este tema se vuelve hoy relevante para contestar a preguntas como ¿qué efectos tiene esta forma de temporalidad sobre la posibilidad de inscribir la experiencia, de sostener el deseo y de constituirnos como sujeto?

Una tensión irresuelta

Sería demasiado fácil y tal vez hasta clínicamente peligroso concluir que toda mutación es necesariamente patológica y que la salida a este malestar debería ser volver a las formas de identidad estables. La historia reciente del pensamiento crítico nos ha mostrado que la identidad nunca fue tan sólida como pretendía ser. Que aquello que se presentaba como esencia natural no era sino el efecto de repeticiones normativas que producían la ilusión de sustancia. La rigidez de categorías como el género no expresa una verdad biológica ni psíquica profunda, sino que parecieran ser más el resultado de actos repetitivos que fijan lo que, en realidad, siempre estuvo en proceso (Butler, 1990). Desde esta perspectiva, la crisis de las identidades fijas puede ser vista también como una apertura a la posibilidad de transformarse, de no quedar atrapado en definiciones, de resistir categorías que pretenden fijar al sujeto en un solo lugar. Para quienes habitaron

estas identidades impuestas, la estabilidad no fue un refugio, sino una prisión. Pensar que todo cambio es defensivo implicaría ignorar que aquello que algunos llaman "estabilidad" para otros solo funcionó como una forma de violencia normativa.

La pregunta, entonces, no es si la mutación es buena o mala, sino cómo distinguir entre aquellas transformaciones que permiten el despliegue del sujeto y aquellas formas de mutación que, por el contrario, lo obstruyen. En este punto resulta útil la distinción entre cambio y devenir propuesta por Deleuze (1968), quien señala que no todo cambio implica una transformación subjetiva. Hay modificaciones que alteran propiedades sin afectar aquello que permanece idéntico a sí mismo, y hay transformaciones que implican la aparición de algo cualitativamente distinto, una alteración en el modo mismo de existir.

El problema de lo mutante en la vida contemporánea no parece deberse a un exceso de cambio, sino a un cambio que no llega a ser. Se trata de una variación sin transformación, de un movimiento sin dirección y de una diferencia que no produce diferenciación. Como en el *streaming*, la oferta es infinita, se cambia de serie, de película, de *playlist*, pero la experiencia en si permanece idéntica. El consumo es inmediato y efímero, sin posibilidad de apropiación real. Lo mutante contemporáneo opera de una manera muy similar, nos promete infinitas posibilidades de ser otro, pero todas dentro de una misma lógica que impide que algo permanezca el tiempo suficiente como para inscribirse psíquicamente.

En este punto comienza a hacerse visible una dificultad que no solo remite a la identidad, sino a la experiencia misma del tiempo. Para que una transformación sea posible, no basta con que ocurra un cambio, sino que es necesario que ese cambio se inscriba, que encuentre duración, que pueda ser vivido como una experiencia. Cuando nada permanece, cuando todo se actualiza permanentemente sin dejar huella, no solo se empobrece la identidad, sino que se altera la manera de estar en el mundo. Pensemos entonces lo que ocurre con el sujeto cuando la experiencia ya no logra desplegarse en el tiempo, cuando el existir queda reducido a una sucesión de presentes funcionales, sin continuidad. Y es en las ideas de Heidegger (1927) y su forma de entender la existencia humana como ser-en-el-tiempo, donde encuentro algo relevante para entender lo que sucede con la subjetividad contemporánea.

Heidegger (1927) no habla del tiempo solo como una sucesión cronológica de instantes, sino que lo ve como una apertura de sentido, como la posibilidad de proyectarse y de recordar. Cuando esta apertura se desvanece y el tiempo se reduce solo a una secuencia permanente de presentes funcionales, no solo se altera la experiencia que tenemos del mundo, sino que se empobrece la experiencia del ser. El malestar contemporáneo ya no se presenta entonces como conflicto, sino como un cansancio ontológico, como esa dificultad para sostener una

continuidad mínima del sí mismo. La idea de una escucha atenta a aquello que retorna una y otra vez, y de un síntoma que insiste en donde no pudo encontrar inscripción simbólica, parece perder hoy su consistencia. Lo que se escucha en la consulta y se observa en el mundo no es predominantemente el retorno de lo reprimido, sino algo distinto. El sujeto contemporáneo parece cada vez menos habitado por la repetición y más expuesto a otra lógica. Para nombrarla y usarla en el terreno clínico tomo prestada la idea de "borramiento" tal como aparece en tradiciones filosóficas y críticas: desde la reflexión sobre la huella y la borradura en Derrida (1967) hasta las lecturas culturales del cansancio y la saturación en Byung-Chul Han (2010). No se trata, entonces, de que el pasado retorne, sino de que este ya no alcanza a constituirse. No es que el conflicto se reprima, sino que la experiencia se disuelve antes de adquirir forma. Donde el psicoanálisis clásico escuchaba la insistencia de la huella, hoy nos encontramos con su ausencia. No con una memoria que regresa deformada, sino con una experiencia que no logra inscribirse y que, por lo mismo, no deja huella. Regresando a la lógica del *streaming*, no hay archivo al cual retornar, cada contenido existe solo en el instante en que es reproducido y luego desaparece. Si el síntoma es retorno de lo reprimido, ¿qué ocurre cuando ya no hay nada que retorne porque nada logró inscribirse en primer lugar?

En la subjetividad contemporánea, observamos que esta exigencia de adaptación continua ya no es algo excepcional, sino que se ha vuelto algo estructural. La mutación constante funciona como un falso *self* colectivo, como una máscara que no protege al verdadero *self*, sino que impide su emergencia. Sabemos que el *self* no se constituye en soledad, sino que emerge justo en la tensión dialéctica del reconocimiento mutuo. El sujeto necesita ser reconocido por un otro que, a su vez, es reconocido como sujeto independiente (Benjamin, 1988). Esta intersubjetividad requiere de tiempo, un tiempo para la espera, para la frustración, para que la ausencia del otro permita la aparición del deseo. Pero cuando el vínculo se vuelve instantáneo, reemplazable, cuando la conexión es superficial, el proceso de reconocimiento se empobrece y el otro no es quien me reconoce en mi singularidad, sino más bien quien confirma mi existencia a través de un *like*, un comentario, una validación efímera que debe ser constantemente renovada.

En el *streaming* relacional contemporáneo, los vínculos son abundantes pero desechables; se "swipea" hacia la derecha o hacia la izquierda, se conecta y desconecta, se bloquea y se desbloquea. Todo vínculo parece provisional y sujeto a una actualización constante, la búsqueda de transformación se vuelve compulsiva, pero termina siendo estéril. Se cambia de objeto una y otra vez, sin que ninguno logre producir una verdadera transformación porque ninguno permanece el tiempo suficiente. Cuando el objeto es siempre reemplazable,

no solo el vínculo se debilita, sino que también el deseo pierde las condiciones necesarias para constituirse.

En este contexto, el deseo ya no puede sostenerse en el tiempo, sabemos que el deseo no es impulso inmediato, sino que requiere de espera y de falta. Donde todo se ofrece de manera instantánea, el deseo se debilita y cede su lugar a la estimulación constante. No se desea, sino que se responde; ya no se anhela, sino que se consume. La mutación constante nos promete intensidad, pero nos produce saturación, y donde todo está disponible, nada resulta verdaderamente deseable.

El *streaming* ha perfeccionado esta lógica mediante los algoritmos de recomendación, el sistema anticipa lo que podría desearse antes de que el propio deseo emerja, ofrece contenido "personalizado" que elimina la necesidad de buscar, de esperar y de elegir. Esta anticipación no solo satisface el deseo, sino que lo previene. Para el psicoanálisis, el deseo no está orientado hacia una satisfacción final, sino que se mantiene como movimiento. No apunta al objeto empírico en sí, sino a aquello que el objeto representa, la falta que estructura y el vacío alrededor del cual se organiza la subjetividad. Freud (1915) distinguió entre necesidad que puede satisfacerse y deseo que permanece como búsqueda. Esta distinción resulta central para pensar lo mutante en el contexto contemporáneo: al prometer la satisfacción del deseo mediante la oferta constante de objetos nuevos, se eliminan la espera y la falta, y con ello se cancelan las condiciones mismas que permiten que el deseo aparezca.

Diversos autores contemporáneos han señalado que el problema actual no radica en la represión del deseo, sino en su neutralización. Byung-Chul Han (2010) ha mostrado cómo el exceso de estímulos y de positividad no intensifica el deseo, sino que lo debilita. Recalcati (2012) menciona que el capitalismo contemporáneo ya no prohíbe el deseo, sino que lo sustituye por un imperativo de goce, ofreciéndonos permanentemente objetos que prometen satisfacción pero que, en realidad, vacían el deseo de su dimensión subjetiva.

Este debilitamiento del deseo no se presenta clínicamente como conflicto ni como angustia, sino más bien como agotamiento. Allí donde el deseo ya no logra constituirse, no aparece la tensión de la falta, sino una forma de cansancio difuso, de saturación sin objeto, de anestesia afectiva.

No se sufre por no desear; se está cansado de responder, de consumir, de adaptarse a una oferta incesante que no convoca verdaderamente al sujeto. En este sentido, el cansancio contemporáneo puede leerse como una forma de síntoma en la que el deseo no retorna deformado, sino que se debilita hasta volverse casi imperceptible.

Pausar el *streaming*: deseo, cansancio y el derecho a la duración

El cansancio que atraviesa la subjetividad contemporánea no es simplemente efecto de un exceso de exigencias, ni puede reducirse a una dificultad individual para adaptarse al ritmo de la época. Se trata de un cansancio más profundo, ligado a una alteración de la temporalidad misma de la experiencia. Allí donde el deseo ya no logra sostenerse como movimiento, donde la espera y la falta son reemplazadas por la estimulación constante, el malestar no se organiza como conflicto, sino como agotamiento, saturación y anestesia afectiva. No es el retorno de lo reprimido lo que se escucha con mayor frecuencia, sino el debilitamiento de aquello que permitiría desear, elaborar, historizar. El cansancio aparece, así, como uno de los modos contemporáneos del síntoma; no como exceso de tensión, sino como pérdida de espesor del vivir.

En este contexto, el psicoanálisis puede pensarse como una práctica de resistencia silenciosa frente a la lógica del *streaming* que todo lo acelera y disuelve. No como oposición al cambio, ni como nostalgia por formas estables del pasado, sino como defensa de la duración como condición de posibilidad de la experiencia. El espacio analítico ofrece un tiempo que no es productivo ni optimizable, una palabra que puede repetirse, una presencia que persiste. Donde la época nos exige mutación constante, el análisis sostiene la posibilidad de permanecer; donde el deseo se neutraliza por saturación, nos ofrece la espera; y donde el cansancio se impone como forma de malestar, defiende el derecho a una temporalidad que permita elaborar, perder y transformar. Resistir desde la duración no es rechazar el movimiento, sino devolverle su sentido, permitirle que algo permanezca el tiempo suficiente como para devenir experiencia.

Referencias

Benjamin, J. (1988). *The bonds of love: Psychoanalysis, feminism, and the problem of domination*. Pantheon Books.

Benjamin, W. (1999). *Experience and poverty*. In M. W. Jennings, H. Eiland, & G. Smith (Eds.), Selected writings (Vol. 2, 1927-1934, pp. 731-736). Belknap Press of Harvard University Press.

Butler, J. (1990). *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*. Routledge.

Deleuze, G. (1994). *Difference and repetition* (P. Patton, Trans.). Columbia University Press. (Original work published 1968)

Derrida, J. (1976). *Of grammatology* (G. C. Spivak, Trans.). Johns Hopkins University Press. (Original work published 1967)

Freud, S. (1957). Instincts and their vicissitudes. In J. Strachey (Ed. & Trans.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (Vol. 14, pp. 109-140). Hogarth Press. (Original work published 1915)

Han, B.-C. (2015). *The burnout society* (E. Butler, Trans.). Stanford University Press. (Original work published 2010)

Heidegger, M. (1962). *Being and time* (J. Macquarrie & E. Robinson, Trans.). Blackwell. (Original work published 1927)

Recalcati, M. (2012). *The clinic of the empty subject*. Polity Press.

Resumen

El presente artículo explora una transformación del malestar contemporáneo que se manifiesta clínicamente como cansancio, saturación y dificultad para sostener el deseo. Lejos del modelo clásico del conflicto entre deseo y prohibición, se propone pensar este agotamiento como efecto de una alteración en la temporalidad de la experiencia, marcada por la mutación constante, la aceleración y la lógica del *streaming*. A partir de referencias al psicoanálisis, la filosofía y la teoría social contemporánea, el texto examina cómo las experiencias tienden a consumirse sin inscribirse, debilitando la posibilidad de elaboración, duelo y narración. Se introduce la noción de "borramiento" para dar cuenta de una subjetividad menos habitada por la repetición que por la disolución de la huella. Finalmente, se plantea el psicoanálisis como una práctica de resistencia silenciosa que defiende la duración, la espera y la continuidad como condiciones necesarias para que el deseo y la experiencia puedan constituirse.

Palabras clave: deseo, fatiga, *streaming*, subjetividad contemporánea, temporalidad

Abstract

This article explores a contemporary transformation of psychic distress that manifests clinically as fatigue, saturation, and a weakening of desire. Rather than being organised around the classical conflict between desire and prohibition, this form of malaise is approached as the effect of a profound alteration in the temporality of experience, shaped by constant mutation, acceleration, and the logic of streaming. Drawing on psychoanalysis, philosophy, and contemporary social theory, the text examines how experiences are increasingly consumed without being inscribed, undermining the processes of elaboration, mourning, and narrative continuity. The notion of erasure is introduced to describe a subjectivity less governed by repetition than by the dissolution of traces. The article ultimately proposes psychoanalysis as a practice of silent resistance, defending duration, waiting, and continuity as essential conditions for the constitution of desire and meaningful experience.

Key words: desire, fatigue, streaming, contemporary subjectivity, temporality